

que quiera el dolor violar  
la inmunidad de lo eterno.

•En lágrimas y suspiros,  
alma y corazón a un tiempo,  
aquél se convierte en agua,  
y ésta se resuelve en viento.

Ya no me sirve de vida  
esta vida que poseo,  
sino de condición sola  
necesaria al sentimiento.

Mas ¿por qué gasto razones,  
en contar mi pena, y dejo  
de decir lo que es preciso,  
por decir lo que estás viendo?

En fin, te vas: ¡ay de mí!  
dudosamente lo pienso;  
pues si es verdad, no estoy viva,  
y si viva, no lo creo.

¿Posible es que ha de haber día  
tan infausto, tan funesto,  
en que sin ver yo las tuyas  
esparza sus luces Febo?

¿Posible es que ha de llegar  
el rigor a tan severo,  
que no ha de darle tu vista  
a mis pesares aliento?

¿Que no he de ver tu semblante?  
¿que no he de escuchar tus ecos?

¿qué no he de gozar tus brazos?  
¿ni me ha de animar tu aliento?

¡Ay mi bien! ¡Ay prenda mía!  
¡dulce fin de mis deseos!  
¿por qué me llevas alma,  
dejándome el sentimiento?

Mira que es contradicción  
que no cabe en un sujeto,  
tanta muerte en una vida,  
tanto dolor en un muerto.

Mas ya que es preciso (¡ay triste!)  
en mi infelice suceso,  
ni vivir con la esperanza,  
ni morir con el tormento:

dame algún consuelo tú  
en el dolor que padezco,  
y quien en el suyo muere,  
viva, siquiera, en tu pecho.

No te olvides que te adoro,  
y sírvante de recuerdo  
las finezas que me debes,  
si no las prendas que tengo.

Acuérdate que mi amor  
haciendo gala del riesgo,  
sólo por atropellarlo,  
se alegraba de tenerlo.

Y si mi amor no es bastante,  
el tuyo mismo te acuerdo,

que no es poco empeño haber  
empezado ya en empeño.

Acuérdate, señor mío,  
de tus nobles juramentos,  
y lo que juró tu boca,  
no lo desmientan tus hechos.

Y perdona, si en temer  
mi agravio, mi bien, te ofendo;  
que no es dolor, el dolor  
que se contiene en lo atento.

Y adiós, que con el ahogo  
que me embarga los alientos,  
ni sé ya lo que te digo,  
ni lo que te escribo leo.

### ENDECHAS

*Que prorrumpen en las voces  
del dolor al despedirse  
para una ausencia.*

Si acaso, Fabio mío,  
después de penas tantas,  
quedan para la queja  
alientos en el alma:

si acaso en las cenizas  
de mi muerta esperanza,

se libró por pequeña  
alguna débil rama,

adonde entretenerse,  
con fuerza limitada,  
el rato que me escuchas,  
pueda la vital aura:

si acaso a la tijera  
mortal, que me amenaza,  
concede breves treguas  
la inexorable Parca,

oye en trists endechas  
las tiernas consonancias,  
que al moribundo cisne  
sirven de exequias blandas.

Y antes que noche eterna,  
con letal llave opaca,  
de mis trémulos ojos  
cierre las lumbres vagas,

dame el postrer abrazo,  
cuyas tiernas lazadas,  
siendo unión de los cuerpos,  
identifican almas.

Oiga tus dulces ecos,  
y en cadencias turbadas,  
no permita el ahogo  
enteras las palabras.

De tu rostro en el mío  
haz amoroso estampa

y las mejillas frías  
de ardiente llanto baña.

Tus lágrimas, y mías,  
digan equivocadas  
que, aunque en distintos pechos,  
las engendró una causa.

Unidas de las manos,  
las bien tejidas palmas,  
con movimientos digan  
lo que los labios callan.

Dame por prendas firmes  
de tu fe no violada,  
en tu pecho, escrituras;  
seguros en tu cara;

para que cuando baje  
a las estigias aguas,  
tuyo el óbolo sea  
para fletar la barca.

Recibe de mis labios  
el que, en mortales ansias,  
el exánime pecho  
último aliento exhala.

Y el espíritu ardiente,  
que vivifica llama  
de acto sirvió primero  
a tierra organizada,

recibe, y de tu pecho  
en la dulce mroada,

padrón eterno sea  
de mi fineza rara.

Y adiós, Fabio querido;  
que ya el aliento falta,  
y de vivir se aleja  
la que de ti se aparta.

## LIRAS

*Que dan encarecida satisfacción  
a unos celos,*

Pues estoy condenada,  
Fabio, a la muerte por decreto tuyo;  
y la sentencia airada,  
ni la apelo, resisto, ni la huyo:  
óyeme, que no hay reo tal culpado,  
a quien el confesar le sea negado.

Porque te han informado,  
dices, de que mi pecho te ha ofendido,  
me has fiero condenado.  
¿Y pueden en tu pecho endurecido  
más la noticia incierta, que no es ciencia,  
que de tantas verdades la experiencia?

Si a otros crédito has dado,  
Fabio, ¿por qué a tus ojos se lo niegas?  
y el sentido trocado,  
de la ley al cordel mi cuello entregas;

pues liberal me amplías los rigores,  
y avaro me restringes los favores.

Si a otros ojos he visto,  
mátenme, Fabio, tus airados ojos:  
si a otro cariño asisto,  
asístanme implacables tus enojos:  
y si otro amor del tuyo me divierte,  
tú, que has sido mi vida, me des muerte.

Si a otro, alegre, he mirado,  
nunca alegre me mires, ni te vea;  
si le hablé con agrado,  
eterno desagrado en ti posea:  
y si otro amor inquieta mi sentido,  
sáquesme el alma tú, que mi alma has sido.

Mas supuesto que muero  
sin resistir a mi infelice suerte,  
que me des sólo quiero  
licencia de que escoja yo mi muerte:  
deja la muerte a mi elección medida,  
pues en la tuya pongo yo la vida.

No muera de rigores,  
Fabio, cuando morir de amores puedo;  
pues con morir de amores,  
tú acreditado, y yo bien puesta quedo;  
que morir por amor, no de culpada,  
no es menos muerte, pero es más honrada.

Perdón, en fin, te pido  
de las muchas ofensas que te he hecho  
en haberte querido;

que ofensas son, pues son a tu despecho;  
y con razón te ofendes de mi trato,  
pues que yo, con quererte, te hago ingrato.

## LIRAS

*Que expresan sentimientos  
de ausente.*

Amado dueño mío:  
escucha un rato mis cansadas quejas,  
pues del viento las fío  
que breves las conduzca a tus orejas,  
si no se desvanece el triste acento  
como mis esperanzas en el viento.

Oyeme con los ojos,  
ya que están tan distantes los oídos,  
y de ausentes enojos  
en ecos de mi pluma mis gemidos;  
y ya que a ti no llega mi voz ruda,  
óyeme sordo, pues me quejo muda.

Si del campo te agradas,  
goza de sus frescuras venturosas,  
sin que aquestas cansadas  
lágrimas te detengan enfadosas;  
que en él verás, si atento te entretienes,  
ejemplo de mis males y mis bienes.

Si al arroyo parlero  
galán de las flores en el prado,

que amante y lisonjero  
a cuantas mira intima su cuidado,  
en su corriente mi dolor te avisa  
que a costa de mi llanto tiene risa.

Si ves que triste llora  
su esperanza marchita en ramo verde  
tórtola gemidora,  
en él y en ella mi dolor te acuerde,  
que imitan, con verdor y con lamento,  
él, mi esperanza; y ella, mi tormento.

Si la flor delicada,  
si la peña, que altiva no consiente  
del tiempo ser hollada,  
ambas me imitan, aunque variamente,  
ya con fragilidad, ya con dureza,  
mi dicha aquélla, y ésta mi firmeza.

Si ves el ciervo herido  
que baja por el monte acelerado,  
buscando, dolorido,  
alivio al mal en un arroyo helado,  
y sediento, al cristal se precipita,  
no en el alivio, en el dolor me imita.

Si la liebre encogida  
huye medrosa de los galgos fieros,  
y por salvar la vida  
no deja estampa de los pies ligeros,  
tal mi esperanza en dudas y recelos  
se ve acosada de villanos celos.

Si ves el cielo claro,  
tal es la sencillez del alma mía;  
y si, de luz avaro,  
de tinieblas, emboza el claro día,  
es con su oscuridad y su incienencia  
imagen de mi vida en esta ausencia.

Así que, Fabio amado,  
saber puedes mis males sin costarte  
la noticia cuidado;  
pues puedes de los campos informarte;  
y pues yo a todo mi dolor ajusto,  
saber mi pena sin dejar tu gusto.

Mas ¿cuándo ¡ay gloria mía!  
mereceré gozar tu luz serena?  
¿cuándo llegará el día

que pongas dulce fin a tanta pena?  
¿cuándo veré tus ojos, dulce encanto,  
y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora  
herirá mis oídos, delicada,  
y el alma que te adora,  
de inundación de gozos anegada,  
a recibirte con amante prisa  
saldrá a los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa  
revestirá de gloria mis sentidos?  
¿y cuándo yo dichosa  
mis suspiros daré por bien perdidos,  
teniendo en poco el precio de mi llanto?  
¡Que tanto ha de penar, quien goza tanto!

Cuándo de tu apacible  
rostro alegre veré el semblante afable  
y aquel bien indecible  
a toda humana pluma inexplicable?  
Que mal se ceñirá a lo definido  
lo que no cabe en todo lo sentido.

Vén, pues, mi prenda amada,  
que ya fallece mi cansada vida  
de esta ausencia pesada;  
vén, pues, que mientras tarda tu venida,  
aunque me cueste su verdor enojos,  
regaré mi esperanza con mis ojos.

## LIRAS.

*Expresa el sentimiento  
que padece una mujer,  
amante de su mari-  
do muerto.*

A estos peñascos rudos,  
mudos testigos del dolor que siento,  
que sólo, siendo mudos,  
pudiera yo fiarles mi tormento;  
si acaso de mis penas lo terrible  
no infunde lengua y voz en lo insensible:  
quiero contar mis males,  
si es que yo sé los males de que muero;  
pues son mis penas tales,  
que si contarlas por alivio quiero,  
le son una con otra atropellada,  
dogal a la garganta, al pecho espada.  
No envidio dicha ajena,  
que el mal eterno que en mi pecho lidia,  
hace incapaz mi pena,  
de que pueda tener tan alta envidia:  
es tan mísero estado en el que peno,  
que como dicha envidio el mal ajeno.  
No pienso yo si hay glorias;  
porque estoy de pensarlo tan distante;

que, aun las dulces memorias  
de mi pasado bien, tan ignorante  
las mira de mi mal el desengaño,  
que ignoro si fué bien, y sé que es daño.

Estense allá en su esfera  
los dichosos, que es cosa en mi sentido  
tan remota, tan fuera  
de mi imaginación, que sólo mido,  
entre lo que padecen los mortales,  
lo que distan sus males de mis males.

¡Quién tan dichosa fuera,  
que de un agravio indigno se quejara!  
¡quién un desdén llorara!  
¡quién un alto imposible pretendiera!  
¡quién llegara, de ausencia, o de mudanza,  
casi a perder de vista la esperanza!

¡Quién en ajenos brazos  
viera a su dueño, y con dolor rabioso  
se arrancara a pedazos  
del pecho ardiente el corazón celoso!  
Pues fuera menor mal que mis desvelos,  
el infierno insufrible de los celos.

Pues todos estos males  
tienen consuelo, o tienen esperanza;  
y los más son iguales,  
solicitan o animan la venganza;  
y sólo de mi fiero mal se aleja  
la esperanza, venganza, alivio y queja.

Porque ¿a quién, sino al cielo,  
que me robó mi dulce prenda amada,  
podrá mi desconsuelo  
dar sacrílega queja destemplada?  
Y él con sordas rectísimas orejas,  
a cuenta de blasfemias pondrá quejas.

Ni Fabio fué grosero,  
ni ingrato, ni traidor, antes amante,

con pecho verdadero;  
nadie fué más leal, ni más constante:  
nadie más fino supó, en sus acciones,  
finezas añadir a obligaciones.

Sólo el cielo envidioso  
mi esposo me quitó: la parca dura,  
con ceño riguroso,  
fué sólo autor de tanta desventura;  
¡oh, cielo riguroso! ¡oh, triste suerte!  
que tantas muertes das con una muerte!

¡Ay, dulce esposo amado!  
¿Para qué te vi yo? por qué te quise?  
y por qué tu cuidado  
me hizo con las venturas infelice?  
¡oh, dicha fementida, y lisonjera,  
quién tus amargos fines conociera!

¿Qué vida es esta mía,  
que rebelde resiste a dolor tanto?  
¿por qué, necia, porfía,  
y en las amargas fuentes de mi llanto  
atenuada no acaba de extinguirse,  
si no puede en mi fuego consumirse?

## FRAGMENTOS

### *Del Auto Sacramental del Divino Narciso.*

Eco.—Bellísimo Narciso,  
que a estos humanos valles,  
del monte de tus glorias  
las celsitudes traes.

Mis pesares escucha,  
indignos de escucharse,  
pues ni aun en esto esperan  
alivio mis pesares.

Eco soy, la mas rica  
pastora de estos valles;  
bella decir pudieran  
mis infelicidades.

Mas desde que severo  
mi beldad despreciaste,  
las que canté hermosuras,  
ya las lloro fealdades.

Pues tú mejor conoces,  
que lo claros imanes  
de tus ojos arrastran  
todas las voluntades;

no extrañarás el ver  
que yo venga a buscarte:  
pues todo el mundo adora  
tus prendas celestiales.

Y así vengo a decirte,  
que ya que no es bastante  
a ablandar tu dureza  
mi nobleza y mis partes;

siquiera por ti mismo  
mires interesable  
mis riquezas, atento  
a tus comodidades.

Pagarte intento, pues  
no será disonante  
el que venga a ofrecerte  
la que viene a rogarte.

Y pues el interés  
es en todas edades  
quien del amor aviva  
las viras penetrantes;

tiende la vista a cuanto  
alcanza a divisarse  
desde este monte excelso,  
que es injuria de Atlante.

Mira aquesos ganados,  
que inundando los valles,  
de los prados fecundos  
las esmeraldas pacen.

Mira en cándidos copos  
la leche, que al cuajarse  
afrenta los jazmines  
de la aurora que nace.

Mira de espigas rojas  
en los campos formarse  
pajizos chamelotes  
a las olas del aire.

Mira de esas montañas  
los ricos minerales,  
cuya preñez es oro,  
rubíes y diamantes.

Mira en el mar soberbio  
en conchas congelarse  
el llanto de la aurora  
en perlas orientales.

Mira de esos jardines  
los fecundos frutales,  
de especies diferentes  
dar frutos admirables.

Mira con verdes pinos  
los montes coronarse;  
con árboles, que intentan  
del cielo ser gigantes.

Escucha la armonía  
de las canoras aves,  
que en coros diferentes  
forman dulces discantes.

Mira de uno a otro polo  
los reinos dilatarse,  
dividiendo regiones  
los brazos de los mares.

Y mira cómo surcan  
de las veleras naves  
las ambiciosas proas  
sus cerúleos cristales.

Mira entre aquellas grutas  
diversos animales,  
a unos salir feroces,  
a otros huir cobardes.

Todo, bello Narciso,  
sujeto a mi dictamen,  
son posesiones mías;  
son mis bienes dotales.

Y todo será tuyo  
si tú con pecho afable  
depones lo severo,  
y llegas a adorarme.

NARCISO.—Aborrecida ninfa,  
no tu ambición te engañe,  
que mi belleza sola  
es digna de adorarse.

Vete de mi presencia  
al polo más distante,  
adónde siempre penes,  
adónde nunca acabes.

ECO.—Ya me voy; pero advierte,  
que desde aquí adelante,  
con declarados odios  
tengo de procurarte  
la muerte, para ver  
si mi pena, implacable,  
muere, con que tú mueras,  
o acaba, con que acabes.

NATURALEZA.—Ovejuela perdida,  
de tu dueño olvidada,



¿adónde vas errada?  
mira que dividida  
de mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas  
bebiendo turbias aguas,  
tu necia sed enjaguas, (1)  
y con sordas orejas,  
de las aguas vivíficas te alejas.

En mis finezas piensa:  
verás que siempre amante,  
te guardo vigilante,  
te libro de la ofensa,  
y que pongo la vida en tu defensa.

De la escarcha y la nieve  
cubierto voy, siguiendo  
tus necios pasos, viendo  
que ingrata no te mueve  
ver que dejo por tí noventa y nueve.

Mira que mi hermosura  
de todas es amada,  
de todas es buscada,  
sin reservar criatura,  
y sólo a ti te elige tu ventura.

Por sendas horrorosas  
tus pasos voy siguiendo,  
y mis plantas hiriendo  
de espinas dolorosas,  
que estas selvas producen escabrosas.

Yo tengo de buscarte,  
y aunque tema perdida,  
por buscarte, la vida,  
no tengo de dejarte,  
que antes quiero perderla por hallarte.

(1) Enjaguas, arcaísmo; corresponde a nuestro moderno enjuagas.

¿Así me correspondes  
necia, de juicio errado?  
no soy quien te ha eriado?  
cómo no me respondes?  
y cómo (si pudieras) te me escondes?

Pregunta a tus mayores  
los beneficios míos;  
los abundantes ríos,  
los pastos y verdoros  
en que te apacentaron mis amores.

En un campo de abrojos,  
en tierra no habitada  
te hallé sola, arriesgada  
del lobo a ser despojos,  
y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájeteme a la verdura  
del más ameno prado,  
donde te ha apacentado  
de la miel la dulzura,  
y aceite, que manó de peña dura.

Del trigo generoso  
la médula escogida  
te sustentó la vida,  
hecho manjar sabroso,  
y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste; y lozana,  
soberbia y engreída  
de verte tan lucida,  
altivamente vana  
mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores,  
a quien no conocieron  
tus padres, ni los vieron,  
ni honraron tus mayores;  
y con ésto iniciaste mis furores.

Y prorrumpí enojado:

"Yo esconderé mi cara  
 (a cuyas luces pára  
 su carro el sol dorado)  
 deste ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furoros  
 los campos les abrasen  
 y las yerbas que pacen;  
 y talen mis ardores  
 aun los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras  
 les tiraré, y el hambre  
 corte el vital estambre;  
 y de aves carniceras  
 serán mordidos, y de bestias fieras.

Probarán los furoros  
 de arrastradas serpientes;  
 y en muertes diferentes  
 obrarán mis rigores;  
 ¡fuera el cuchillo, y dentro los temores!

Mira, que soberano  
 soy; y que no hay más fuerte:  
 que yo doy vida y muerte,  
 que yo hiero, yo sano,  
 y que nadie se escapa de mi mano."

Pero la sed ardiente  
 me aflige y me fatiga;  
 bien es que el curso siga  
 de aquella clara fuente,  
 y que en ella templar mi ardor intente.

Que pues por ti he pasado  
 el hambre de gozarte,  
 no es mucho que mostrarte  
 procure mi cuidado,  
 que de la sed por ti estoy abrasado.

## VILLANCICO

*(De los que se cantaron en honor  
 de la Virgen Maria.  
 México. 1685).*

A la que triunfante  
 bella Emperatriz,  
 huella de los aires  
 la región feliz.

A la que ilumina  
 su vago confín,  
 de arreboles de oro,  
 nácar y carmín.

A cuyo pie hermoso  
 espera servir  
 el trono estrellado  
 en campo turquí.

A la que confiesa  
 cien mil veces mil,  
 por Señora el ángel,  
 Reina el serafín,

Cuyo pelo airoso  
 desprende sutil,  
 en garzotas de oro,  
 banderas de Ofir.

Proceloso y crespito  
 se atreve a invadir,  
 con golfos de Týbar,  
 reinos de marfil.

De quien aprendió  
 el sol a lucir,  
 la estrella a brillar,  
 la aurora a reír.

Cantemos la gala,  
diciendo al subir,  
pues vivió sin mancha,  
que viva sin fin.

## ESTRIBILLO.

Y pidamos a una voz,  
que ampere al pobre redil:  
pues aunque no hay más que ver,  
siempre queda que pedir.

## VILLANCICO.

*(De los "Villancicos" en honor de la  
Asunción de la Virgen.  
México. 1687).*

Aquella zagala  
del mirar sereno,  
hechizo del soto  
y envidia del cielo.

La que al Mayoral  
de la cumbre Excelso  
hirió con un ojo,  
prendió en un cabello.

A quien su querido  
le fué mirra un tiempo,  
dándole morada  
sus cándidos pechos.

La que rico adorno  
tiene por aseo,  
cedrina la casa  
y florido el lecho.

La que se alababa  
que el color moreno  
se lo iluminaron  
los rayos febeos.

La por quien su Esposo,  
con galán desvelo  
pasaba los valles,  
saltaba los cerros.

La del hablar dulce,  
cuyos labios bellos  
destilan panales,  
leche y miel vertiendo.

La que preguntaba  
con amante anhelo,  
dónde de su Esposo  
pacen los corderos.

A quien su querido,  
liberal y tierno,  
del Líbano llama  
con dulces requiebros.

Por gozar los brazos  
de su amante dueño,  
trueca el valle humilde  
por el monte excelso.

Los pastores sacros  
del Olimpo eterno,  
la gala le cantan  
con dulces acentos.

Pero los del valle,  
su fuga siguiendo,  
dicen presurosos  
en confusos ecos:

## ESTRIBILLO.

Al monte, al monte, a la cumbre,  
 corred, volad, zagales,  
 que se nos va María por los aires;  
 corred, corred, volad aprisa, aprisa,  
 que nos lleva robadas las almas y las vidas  
 y llevando en sí misma nuestra riqueza,  
 nos deja sin tesoros el aldea.

## INDICE DE LAS POESIAS.

	Págs.
DECIMAS.	
<i>¡Ves de tu candor que apura,</i> .....	40
ENDECHAS.	
<i>Si acaso, Fabio mío,</i> .....	58
FRAGMENTOS DEL "DIVINO NARCISO".	
<i>Bellísimo Narciso,</i> .....	68
<i>Ovejuela perdida,</i> .....	71
LIRAS.	
<i>A estos peñascos rudos,</i> .....	66
<i>Amado dueño mío,</i> .....	63
<i>Pues estoy condenada,</i> .....	61
REDONDILLAS.	
<i>Este amoroso tormento,</i> .....	44
<i>Hombres necios,</i> .....	42
ROMANCES.	
<i>Finjamos que soy feliz,</i> .....	49
<i>Ya que para despedirme,</i> .....	54
SONETOS.	
<i>Al que ingrato me deja, busco amante,</i> .....	27
<i>Con el dolor de la mortal herida,</i> .....	31
<i>Cuando mi error y tu vileza veo,</i> .....	34